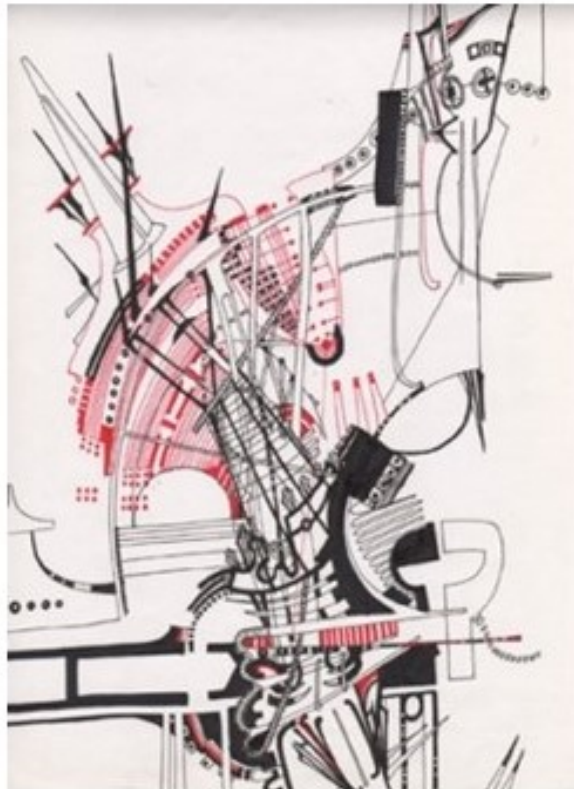


Diez minutos en la vida del burócrata Palaggi

Cristopher Zappa

DIEZ MINUTOS EN LA VIDA DEL BURÓCRATA PALAGGI

Johannes Zappa



Capítulo 1

1.

Esta historia comienza así. Un hombre se dispara en la cabeza. Los circunstantes gritan horrorizados. El hombre cae pesadamente, y produce un golpe seco. Antonio Palaggi no olvidará nunca esta escena increíble. No paga el hot dog que lleva en la mano derecha porque quiere tener una percepción franca del cadáver, que ahora se vacía de sangre rápidamente. Palaggi suspira. Le parece que el planeta ha dejado de girar o, con más exactitud, gira demasiado rápido, como si una de sus anclas se hubiera roto. Palaggi suele considerar el hecho de que el planeta no se halla tan a la deriva como parece. Los circunstantes ven reflejadas sus sombras en la superficie de la sangre, que no es muy roja.

Palaggi, sin conciencia de lo que hace, muerde el hot dog. Una mujer tapa los ojos de un niño rubicundo. El muerto tiene toda la pinta de indigente, por lo que resulta extraño que llevara semejante revolver. Palaggi no sabe de armas, pero está convencido de que aquélla es dispendiosa, a juzgar por su tamaño y hechura. Alguien debió avisar a la policía porque se escuchan varias sirenas. Incluida, eso es seguro, la de una ambulancia. Palaggi acaba su hot dog, pero no le sabe a nada. Se oye una voz que increpa a los curiosos: "¡Atrás, atrás!", dice, aunque no es un policía.

Esa mañana, Palaggi se levantó muy temprano para cumplir con la misma rutina de hace treinta años. Primero da un golpe al despertador, abre lentamente los párpados, sólo para comprobar que todavía no sale el sol, y después se incorpora sin ánimo. El despertador suena a dos horas diferentes: a las cuatro y a las cinco de la mañana. Esa estrategia le permite a Palaggi disponer de una hora más de sueño, o eso piensa, antes de abandonar realmente las sábanas. Según él, nunca duerme lo suficiente. Enciende la luz de la habitación, luego la luz del pasillo, y dedica una inspección expedita a su rostro entumecido en un espejo que hay sobre el lavabo. Empuja la puerta del baño y orina durante un minuto. A veces se sienta en el inodoro para aliviar el vientre sin prisa. En tal caso, Palaggi considera ésta una señal de que el día irá bien, expectativa propia de quienes sufren estreñimiento crónico. Sale del baño y visita la cocina, donde inspecciona, sin propósito, el refrigerador. Desde los tiempos en los que vivía con sus padres, Palaggi siempre abre el refrigerador sólo para cerrarlo en el acto. En este punto, hace funcionar una pequeña radio para escuchar las noticias, de las que nunca suele enterarse del todo. Vuelve al baño y prepara la ducha. Palaggi ahora recuerda que el calentador funciona mal. Mientras el agua fluye, Palaggi dispone con cuidado la indumentaria. Desnudo, mete la mano al flujo del agua para comprobar la temperatura.

Ahí en la ducha, Palaggi filosofa. La meditación de las últimas semanas se refiere a la vacuidad del mundo. El ser humano instaló aquí la soledad del modo más extraño: reproduciendo los objetos de la conciencia. No se trata de llenar el espacio inmenso con cuerpos que contienen la semilla de otros cuerpos. La conciencia, el reverso del mundo, es un torbellino que nos aísla en el mismo instante en que piensa las cosas. Las calles le parecen a Palaggi ríos sucios en los que cada hombre se comporta como una ola que obedece a su propia inercia. No hay liberad, desde luego, únicamente la voz de esas conciencias que todo lo ensordecen. En las ocasiones que Palaggi puede auscultar a las personas a su aire, en el metro o en la sala del dentista, siente que esas taciturnas criaturas gritan estentóreamente. Claro, semejantes bramidos nunca articulan palabras o ideas. Simplemente ellos están ahí, quietos. Ellos y su pensamiento blanco. Como fantasmas.

Palaggi sale de la ducha. Mira la ropa y opta por cambiar los calcetines. La radio emite noticias. Palaggi se viste con excesivo tacto y siempre dedica largo tiempo para secarse los pies. La vez que fue al cine, la única vez, no le impresionaron las escenas de sangre y muerte, los soldados desgarrados, sino el hecho de que en las selvas de Vietnam era imposible mantener los pies secos por más de una hora. Palaggi llegaría a considerar el suicidio, si la providencia le gasta la broma de colocarlo en tal situación. El efecto más costoso de la indumentaria de Palaggi no es el saco, el pantalón o la corbata. Son los calcetines. Desde que se enteró de que existen calcetines confeccionados con lana de vicuña sueña con enfundárselos algún día. Los calcetines alemanes Falke son los Mercedes Benz del ámbito de los calcetines, suele decir Palaggi a su compañero de oficina Tito Riess.

Este Riess es casi la única persona que soporta las excentricidades de Palaggi. Usa trajes grises, que complementa con zapatos bostonianos. Esmirriado, calvo y dueño de una expresión imprecisa en la cara que, sin embargo, constituye su marca característica, Riess siempre despide un aliento desagradable que lo delata como fumador empedernido. Una vez por semana, Palaggi y Riess deciden ir a un bar tranquilo donde charlan sobre las incidencias del trabajo. Por ningún motivo se permiten referencia alguna sobre cuestiones de la vida privada. Cuando Riess le confió a Palaggi que sentía una profunda atracción por la señorita contadora, que a la sazón es la jefa de ambos, éste adquirió un aire ofendido, se levantó, dejó caer un billete sobre la mesa y se fue. A lo más, en esas extraordinarias ocasiones en las que Palaggi y Riess beben tres cervezas, dialogan con cierta animación en torno a la historia de la ropa, porque Riess ha tenido la delicadeza de consultar algún dato interesante al respecto para hacer conversación. Entonces Palaggi se relaja en el asiento y perora sobre el tema con el más absoluto deleite.

2.

Palaggi cocina un par de huevos y pan tostado que acompaña con café negro. No le gusta la comida de la calle, a menos que haya escasez de insumos en la casa, lo que pocas veces ocurre, a decir verdad. De ser así, Palaggi recurre a un puesto de hot dogs que está en la esquina del edificio donde trabaja. Para tratarse de un comensal melindroso, la circunstancia de que Palaggi tenga debilidad por los hot dogs resulta bastante insólita. Mientras desayuna, afina el oído para escuchar los informes de la radio. Lava los trastos y, por última ocasión, se observa en el espejo y atusa definitivamente el bigote. Hoy no es necesario pasar la rasuradora por el mentón, piensa. Apaga la radio y se hace con las llaves de un Volvo 1976. El vehículo es una de esas pocas cosas por las que Palaggi cree experimentar un apego incondicional. Desde que lo heredó del padre, ha hecho lo imposible para respetar su condición original. Los fines de semana, sin excepción, dedica dos horas a lavarlo con cualquier cantidad de franelas, potingues y esencias de ambiente. Está agradecido con un mecánico de toda la confianza porque le permite asistir a las sesiones de mantenimiento del vehículo, si bien el mecánico se da el lujo de cobrar una retribución extra con tal de soportar la mirada expeditiva y severa de Palaggi.

Cuando el reloj marca las seis en punto, sale del departamento. Abre la puerta del Volvo, sube y gira la llave. El Volvo responde de forma óptima. Palaggi es un conductor precavido, a pesar de lo cual enciende el estéreo para escuchar a volumen moderado algo de Antonio Vivaldi. Prefiere a este músico sobre todos los demás. Escucha *La verità in cimento*, mientras observa el tráfico de la mañana, poco después de la salida del sol, en el instante en el que los colores de las cosas son más vivos. Por lo demás, los compases entibian el ambiente, refrescan las imágenes que pasan en hilera frente a los ojos de Palaggi, haciendo de ésta una de las partes preferidas del día. Si hace lluvia y las gotas resbalan por el espejo panorámico, Palaggi, dentro del Volvo, advierte tal efusión de ánimo que, de pronto, se olvida de la gente que corre de aquí para allá con el propósito de evitar el agua. *La verità in cimento* se convierte en la respiración del mundo, y el propio Palaggi respira según la cadencia de las notas. Palaggi está seguro de que es imposible sentir la música si las inhalaciones y exhalaciones no se avienen con el ritmo de los instrumentos. Aquí estriba la razón por la que Palaggi elija los *adagios*. Los memoriza a conciencia porque muchas veces lo han salvado de las circunstancias. Palaggi sabe comportarse a la altura, incluso si Riess intenta sacarlo de las casillas, o hay alguna auditoria en el trabajo. Sólo piensa en música, piensa en Vivaldi. Busca un lugar apartado, la esquina de la oficina, el exterior de una ventana, y cierra los ojos. Entonces, en medio de las recriminaciones y los gritos, Palaggi evoca mentalmente las cuerdas, los alientos, las percusiones, los metales. Riess sabe que nada puede sacar a Palaggi de su ataraxia, a menos que lo golpee un poco, suscitando, a la postre, una escena de neurastenia total. Palaggi rompe a

llorar, gime y únicamente el silencio absoluto lo tranquiliza. Riess no podía creer lo que veía: a un hombre hecho y derecho en medio de una crisis femenina, que luego es capaz de rehacerse como si nada hubiera ocurrido. Riess jamás ha vuelto a tocarlo.

Palaggi estaciona el Volvo debajo de un gran abedul. Este lugar privilegiado nadie se lo disputa, ante todo porque a nadie se le ocurre llegar una hora antes a laborar. Palaggi asegura el volante con un candado y cruza la calle desierta. El portero del edificio saluda a Palaggi con una inclinación de cabeza. En las oficinas únicamente se oye el rumor de las lámparas fluorescentes. Palaggi habilita la cafetera, en una especie de ritual solitario que intensifica el rumor de las lámparas y el hervor del agua, lo que causa evidente satisfacción al burócrata. Los primeros en llegar, después de Palaggi, son los aseadores, un par de viejos gazmoños que, sin embargo, roban pequeños enseres para procurarse un ingreso adicional. Palaggi no los soporta. Llena una gran taza de café humeante, que previamente lava a conciencia, y se dirige a un escritorio ejecutivo que está al lado del secreter de Riess. El escritorio ejecutivo, aunque nada afín en estilo al resto del mobiliario, representa una concesión especial al gusto de Palaggi y a sus muchos años de servicio administrativo. El día que Palaggi consiga jubilarse, a buen seguro que el escritorio se irá con él. Sin dejar la taza, Palaggi hojea esmeradamente algunos folios llenos de cifras. Suspira. Le gusta lo que ve: los números, las gráficas, las definiciones contables, los resultados. Todo había quedado listo la tarde del día anterior, lo que no obsta para que revise los reportes una vez más. Eso, piensa Palaggi, deberían hacer los aseadores: dejar intactas las oficinas con antelación y terminar una faena ejemplar ultimando detalles antes de la salida del sol. Eso nunca pasará, no mientras estos taimados se hagan cargo de la limpieza, reflexiona, al tiempo que sigue con la mirada a los aseadores, que corresponden dedicándole un saludo insípido.

Riess llegará después, asechando el reloj de pulsera. Es un torbellino. Revuelve papeles, coteja otros, y nunca se sabe con certeza qué hace. Sin embargo, su eficacia está probada. Saluda a Palaggi, apenas, y ocupa el secreter con diligencia. Liquidados los asuntos pendientes, Riess va a la cafetera y se sirve una taza de café. Algunas veces acude a los sanitarios para fumar uno o hasta dos cigarrillos. Poco a poco las oficinas recuperan el bullicio habitual. La señorita contadora, sin detenerse nunca, levanta un brazo para notificar a sus asistentes que acaba de llegar, entra a la oficina privada y desde ahí hace numerosos requerimientos de información durante la mañana. Palaggi se encarga de las cuestiones tributarias y Riess de la administración general. Esto supone un desplante de supremacía profesional de Palaggi sobre Riess, aunque lo cierto es que éste jamás ha considerado la situación desde semejante perspectiva. Riess odia sin reservas el oficio contable, al que se dedicó por eventos ajenos a su voluntad, mientras que Palaggi se limitó a prolongar sinceramente el legado del padre. Su prurito por el orden encontró en la

contabilidad una expresión natural. Además, considera a Riess un advenedizo. Hace unos años, Palaggi había sido la mano derecha, la única, del antiguo contador, ahora jubilado. La nueva contadora no dudó de las aptitudes del auxiliar contable Palaggi, pero entrevió que el crecimiento de la empresa también exigía cambios drásticos en los procedimientos administrativos. Lo anterior limitó la actividad de Palaggi, y su influencia.

3.

La vida de Palaggi dio un vuelco hondo cierta mañana de abril, cuando la recepcionista de la empresa le pasó una llamada telefónica. "Para usted", dijo en seco. Palaggi, intrigado, porque no esperaba, ni esperaría, la comunicación de nadie, se limitó a decir, "¿Sí?". Era la voz de un hombre que dijo, antes de colgar: "Me voy meter una bala en la cabeza". Palaggi giró la cabeza para mirar la espalda de un Riess trajinante. Dejó el auricular y atravesó las oficinas para interrogar a la recepcionista. Ella le dijo que un tal Sr. López lo había preguntado para tratar un asunto de orden laboral. Palaggi insistió: "¿Presentó sus credenciales, dijo para quién trabaja?", "lo siento, pero no", contestó la recepcionista. Palaggi se marchó, irritado. Si la llamada la hubiera recibido cualquier otro empleado, incluso Riess, las cosas seguirían el curso normal. Palaggi, no obstante, era un hombre aprensivo. No pensó en otra cosa el resto del día. Descartó lo obvio: una equivocación, por principio de cuentas porque el hombre había preguntado por él, Antonio Palaggi. ¿Una broma? ¿Y con qué objeto? Riess era incapaz de callarse nada, lo habrían delatado un temblor de la boca, un cambio leve en el brillo de los ojos, pues cuando Palaggi le espetó si tramaban algo contra él, Riess actuó como esperaba que actuara, confundido, azorado. Los otros dos, los aseadores, no desafiarían la cólera de un superior, que era la dignidad que Palaggi se arrogaba con relación a ellos. En los días posteriores, Palaggi observó discretamente a los aseadores, sin resultado. "López, López", repetía Palaggi para sí mismo, forzando a la memoria a recordar algo. Incluso si conociera al tal López, ¿qué podría hacer? López quería meterse una bala en la cabeza, bien, dado que tiene la voluntad y los medios que lo haga. ¿A razón de qué habría que interferir en la vida de los demás, aún si lo que está en juego es esa vida, allende el límite con la muerte? Palaggi comenzó a soñar el acto de volarse la cabeza con una pistola. Lo peor del asunto era que no despertaba luego del disparo sino que seguía soñando cosas que ya no podía evocar la mañana siguiente.

Palaggi, lejos de perder la compostura, se volvió más meticuloso. Intentó, con algún éxito, restarle toda importancia al asunto prestando atención excesiva a los detalles nimios de su existencia. Es verdad que llegó a hojear la guía telefónica para asociar un nombre concreto al apellido López. Pensó que podía ser buena idea contactar a todos los López de la ciudad para descubrir la identidad del desquiciado. Señalaba con el dedo la guía telefónica, López Abentalco, López Acaya, López Acoror, y se sentía perdido, exhausto, y arrojaba la guía telefónica lejos de sí sólo para

volver a ordenar las latas de conservas por enésima ocasión. En ese periodo aciago adquirió la costumbre de escuchar música clásica, la de Antonio Vivaldi principalmente, dado el efecto anestésico que ésta producía en los embotados sentidos. En la cúspide de la manía, Palaggi creía que un fantasma movía levemente las cortinas, cerrabas las puertas, hacía titilar la luz de los focos: el fantasma de López. Lo imaginaba con la cabeza deshecha, exponiendo el hemisferio izquierdo del cerebro. Un fantasma sin rostro, desde luego, que agolpaba odio y desprecio infinitos. Entonces Palaggi tomaba un cepillo de dientes, vertía polvo de jabón en una cubeta, y dedicaba horas enteras del tiempo libre a tallar a conciencia las baldosas del piso, los azulejos del baño, las llantas del Volvo.

Después dedicó exacerbadas horas para fijar las características físicas del loco. Imaginó los más diversos rostros, complexiones, formas de caminar y mover las manos. A Palaggi no le cabía ninguna duda sobre la índole de oficio del tal López: debía ser burócrata. Pensó en los compañeros de la preparatoria, de la Facultad, sin llegar a nada concluyente. Incluso investigó, vía internet, los nombres de los condiscípulos y encontró, para su sorpresa, que López Atila ya había muerto, y que López Utrillo vivía desde hacía cinco años en París. Entre tanto, Palaggi seguía creando imágenes improbables del desconocido. Seguramente, pensaba, era alguien solitario, de costumbres frugales. Un hombre que contactaba a otro para decirle que se iba a matar, sin indicar el menor detalle, no quería llamar la atención sobre su lamentable estado existencial. Todo hacía parte de un plan bien orquestado. Palaggi llegó considerar que si él decidiera suicidarse haría lo mismo. Avisaría a un viejo amigo, en caso de tenerlo, le mentiría sobre su nombre y le soltaría a bocajarro la decisión de matarse. Al menos alguien quedaría perturbado por la noticia. ¡Claro, la noticia!

Había pasado un mes desde la nefasta llamada telefónica y Palaggi se entregó celosamente a la tarea de revisar los obituarios de todos los periódicos. Consultó muchas hemerotecas y archivos. Nada, ningún López. El obituario exceptuaba las causas del deceso, lo que no impidió que Palaggi examinara cada caso. Muertes naturales, accidentes, incluso una desaparición que decidieron convertir en funeral, pero ni un solo suicidio en los últimos treinta días. También, cada mañana, escuchaba con atención la radio, y cada mañana terminaba decepcionado. Palaggi no quería ser un héroe, y estar a la expectativa de que López terminara metiéndose una bala en la cabeza, incidente que, de paso, le devolvería a Palaggi su estado de sosiego habitual, lo confirmaba con creces. Una noche, el burócrata se rompió en dos. Después de la ducha, cuando se disponía a salir de casa para trabajar, giró la perilla de la radio y sintonizó una estación de música clásica. Palaggi escuchó los primeros acordes de *La verità in cimento*. No pudo más: la música que otras veces fue un remanso de paz, ahora lo lastimaba. De pronto se tiró al suelo, se encogió

como un insecto malherido y comenzó a llorar.

4.

“¡Atrás, atrás!”, gritó alguien. El vagabundo había caído sobre la espalda, y sus ojos miraban el cielo. El revolver seguía en su mano derecha. La boca quedó abierta, y es posible que más de uno pensara que por ahí salía el alma del aquél desgraciado. Palaggi no se sobresaltó con la detonación. Inexplicablemente recordó que hacía cuatro o cinco semanas que no iba al bar con Reiss. Se volvió casi con displicencia y observó el cuerpo sin vida. “Es él”, pensó, “tiene que ser él”. Nada le podía confirmar semejante presentimiento, es cierto, y por eso suspiró como si le faltara el aire. Despreció a los curiosos, que ya rodeaban el cadáver, porque participaban de un acontecimiento excesivo, fraguado únicamente para la satisfacción de un solo hombre. Palaggi, otrora devoto del orden y el equilibrio, admiró la profunda asimetría del momento: un corazón que dejaba de latir para siempre movía hasta la última fibra de otro corazón a punto del infarto.

Los policías acordonaron la escena. Entonces el mundo comenzó a girar de nuevo, los automóviles llenaron las calles, las nubes filtraron la luz del sol. Palaggi limpió su boca y pasó de largo, llevándose la recóndita verdad del asunto. Esa tarde, luego de tantos días, decidió que compraría el calentador de agua y probaría suerte instalándolo. Después de todo, a cualquiera le gusta una ducha con agua caliente.